

orillas de un torrente que forma numerosos pantanos en la llanura: cuando llegamos al pié del balkan, me encuentro con los principales vecinos árabes de la aldea búlgara de *Jenikeui*, que nos están esperando; cogen las riendas de nuestros caballos, se colocan á derecha è izquierda de nuestros carriages, los sostienen con las manos y con los hombros, los levantan a veces para evitar que vuelquen en la vera de los precipicios, y así llegamos al miserable pueblo donde ya nos han precedido mis tártaros. Las casas, esparcidas por las laderas ó las cimas de dos cerros separados por una barrera, están rodeadas de huertecillos y de prados: todas las montañas están cultivadas en su base, y cubiertas en su cima de hermosos arbolados: las casas son unas verdaderas chozas, cubiertas de retama, ocupamos siete ú ocho, y nuestros camelleros y mozos de mulas se acomodan en los huertos: cada casa no tiene mas que una pieza, sin mas piso que la tierra pelada.—El cansancio y las pesadumbres me ocasionan una furiosa calentura; paso veinte dias tendido sobre una estera en una miserable choza sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi pobre muger pasa quince dias y quince noches sin pegar los ojos junto á mi cama de paja; envia á los pantanos del llano en busca de sanguijuelas, y al fin acaban los búlgaros por encontrarlas; sesenta sanguijuelas aplicadas en la boca del estómago y las sienes disminuyen el peligro:—conozco mi si-

tuacion, y dia y noche pienso en mi muger abandonada si llego à faltarle, á cuatrocientas leguas de todo consuelo, en las montañas de la Macedonia: ¡horas terribles! Llamo á M. de Capmas, y le doy mis últimas instrucciones para el caso de mi muerte; le encargo que me haga enterrar junto á un árbol que ví, al llegar, á la vera del camino, con una sola palabra escrita sobre la losa, superior á todos los consuelos.—Dios.—Al sexto dia de calentura, pasado ya el peligro, oimos un rumor de caballos y armas en el patio; se apean varios ginetes y vemos entrar en la estancia al jóven y amable griego de Filipópolis; el señor Maurides, en compañía de un médico macedon y de varios criados que traen provisiones, muebles y medicamentos. Un tártaro que cruzaba el balkan, de camino para Andrinópolis, se habia parado en el kan de Filipópolis, y habia estendido la voz de que un viagero franco habia caido enfermo y estaba muriéndose en Jenikeui:—esta noticia llegó á oidos del señor Maurides á las diez de la noche;—sospecha que aquel franco puede ser su huésped, envia á llamar á su amigo el médico, reúne sus criados, manda cargar en sus caballos todo lo que su caritativa prevision le hace conceptuar necesario para un enfermo, se pone en camino á media noche, corre sin detenerse, y en dos jornadas llega á traer consuelos y remedios á un desconocido á quien nunca volverá á ver. Este es uno de aquellos rasgos de bondad que re-

frescan el alma, y revelan la generosa naturaleza del hombre en todos los países y en todos los climas. El señor Maurides me halló casi convaleciente, y como sus asuntos le llamaban à Filipópolis, el mismo día se puso de nuevo en camino, dejándome su médico macedon, mozo muy instruido, que habia hecho sus estudios en Semlin, en Hungría; y hablaba en latin. Su saber nos fué inútil; la ternura, la presencia de ánimo y la enérgica resolución de mi muger, habian suplido á todo; pero su compañía nos fué muy grata durante los veinte mortales días que pasamos en Jenikeui, necesarios para acabar de restablecerme.

El príncipe de Tatar-Bazargik, noticioso, desde el primer momento, de mi enfermedad, me dió las mas cordiales pruebas de interes y de hospitalidad. Todos los días me envió carneros y terneras para mis criados, y durante todo el tiempo que me detuve en Jenikeui, cinco ó seis ginetes de su guardia estuvieron constantemente en mi patio, prontos á ejecutar todas mis órdenes. Durante los últimos días de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el magnífico valle y las montañas de las cercanías de Jenikeui: el príncipe me hizo ofrecer hasta esclavos:—un destacamento de su guardia me acompañó, cuando proseguimos nuestro viage, hasta los límites de su gobierno. Allí tuve ocasión de estudiar, en el interior mismo

de las familias, las costumbres de los búlgaros, que son las mismas de nuestros labradores:—estos hombres son sencillos, mansos, laboriosos, llenos de respeto á sus sacerdotes y de celo por su religion, que es la griega.

Los sacerdotes son unos meros labradores, como ellos. Los búlgaros forman una poblacion de muchos millones de hombres, y que aumenta continuamente; viven en grandes aldeas ó pequeñas ciudades separadas de las de los turcos: un turco ó dos comisionados por el bajá ó el ayam recorren todo el año estos pueblos para recaudar las contribuciones; fuera de esto y de algunas cargas, viven en paz y con bastante libertad. Su traje es el de los labradores de Alemania; las casadas y las doncellas se visten con corta diferencia como las serranas suizas; son bonitas, vivas y graciosas. Las costumbres me han parecido puras, aunque las mugeres no van tapadas, como en Turquía, y tratan libremente con los hombres; he visto bailes campestres entre los búlgaros como en nuestras campiñas de Francia;—desprecian y aborrecen á los turcos, están completamente maduros para la independenciam, y formarán con los servios, sus vecinos, la base de los futuros estados de la Turquía de Europa. El país que habitan seria en breve un delicioso jardín si la ciega y estúpida opresion, no del gobierno, sino de la administracion tur-

ca, les dejase cultivarlo con alguna mas seguridad:—estos pueblos tienen pasion por la tierra.

Dejo con sentimiento á Jenikeui y á sus honrados y bondadosos labradores: este lugar es una residencia deliciosa para el verano:—todo el pueblo nos acompañó hasta una legua en el interior del Balkan y nos colmó de votos y de bendiciones. En un dia cruzamos el primer Balkan:—quinientos jornaleros trabajando bien en una sola estacion abririan en estas hermosas montañas un magnífico camino real.

En tres dias llegamos á Sofia, ciudad grande situada en un llano que riega un rio, y en que residia un bajá: hizo que saliese á recibirme su kaia y que se me diese la casa de un comerciante griego, en la que pasé un dia entero; el bajá me envió abundantes provisiones y no quiso admitir ningun regalo. El pueblo no tiene nada de particular.

En cuatro jornadas, ya por montañas de fácil paso, ya por valles y llanos admirablemente fértiles, pero despoblados, llegué á la llanura de Nisa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia: hacia un sol abrasador; á cosa de una legua de la ciudad, ví alzarse en medio del llano una alta torre blanca, brillante como mármol de Paros; el sendero que yo seguia, á media hora de marcha delante de la caravana, me conducia a ella, y cuando llegué á su pié, dí mi caballo á un muchacho

turco que me acompañaba, y me tendí á la sombra para dormir un rato; pero no bien me hube echado, cuando levantando los ojos al monumento que me prestaba su sombra, ví que sus tapias, que me habian parecido de mármol o de piedra blanca, estaban formadas con sillares regulares de cráneos humanos. Aquellos cráneos y aquellos rostros de hombres, descarnados y blanqueados por la lluvia y el sol, cimentados con un poco de arena y cal, formaban enteramente el arco triunfal que me cubria;—podria haber de quince á veinte mil; algunas calaveras conservaban todavía mechones de pelo que flotaban como líquen y musgo al soplo del viento; la brisa de las montañas soplaba viva y fresca, y colándose por las innumerables cavidades de los huesos les hacian espedir largos y lastimeros silbos. No tenia yo nadie que me esplicase la significacion de aquel horrible monumento; el muchacho que tenia del freno los dos caballos estaba jugando con los huesos de las calaveras desmoronadas al pié de la torre; yo estaba tan rendido por el cansancio, el calor y el sueño, que me dormí con la cabeza apoyada en aquellas paredes hechas con cabezas cortadas: al despertarme me hallé rodeado de la caravana y de varios ginetes turcos que habian salido de Niza para acompañarnos á la ciudad; por ellos supe que aquellas eran las cabezas de quince mil servios, sacrificados por el bajá en el último levantamiento de la Servia. La llanura en

que nos hallábamos habia sido el campo de muerte de aquellos generosos insurgentes, y aquel monumento era su sepulcro; saludé con los ojos y el corazón las reliquias de aquellos hombres heróicos, cuyas cabezas cortadas son el origen de la independencia de su patria. La Servia, en la que íbamos á entrar, es ahora libre, y el eco que hacia espedir á la torre de los servios muertos por su patria el viento de las montañas, era un canto de libertad y gloria! Pronto poseerán la misma ciudad de Niza, y entónces harán bien en dejar subsistir ese monumento, que enseñará á sus hijos lo que vale la independencia de un pueblo, manifestándole á qué precio la compraron sus padres!

Niza se parece á Sofia y no tiene ningun carácter.—Pasamos un dia en este pueblo.

Pasada Niza, se entra en las hermosas montañas y en el oceano de bosques de la Servia. Estos bosques vírgenes se estienden por todas partes tanto como el horizonte, dejando serpear solamente un ancho camino recién abierto por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Por espacio de seis dias seguimos internándonos en esas magníficas y perpetuas espesuras, sin mas espectáculo que las columnatas sin fin de los altos y enormes troncos de las hayas, las oleadas de hojas mecidas por el viento, y las calles de colinas y de montañas uniformemente cubiertas de sus encinas seculares.

Solo de cinco en cinco, ó de seis en seis leguas, al bajar á algun valle algo mas ancho que los demas, y por donde corre un rio, se ven entre los árboles graciosas aldeas con sus casitas de madera blancas y nuevas, y una iglesita, que se estienden á la orilla del agua, en medio de verdes praderas y melonares. Los vecinos, sentados en divanes de madera delante de sus tiendas, trabajan en diferentes oficios; su fisonomía, aunque afable y bondadosa, tiene algo de septentrional, de enérgico, de altivo, que al instante recuerda un pueblo ya libre y digno de serlo:—en todas partes nos reciben con hospitalidad y respeto; — nos preparan la casa mejor del pueblo;—el cura sale á conservar con nosotros; —ya se empiezan á hallar en las casas algunos muebles de Europa; las mugeres no van tapadas; —se hallan en los prados y en los bosques cuadrillas de mancebos y de muchachos que salen juntos á la labranza y van entonando canciones nacionales que recuerdan el *ranz* de las vacas (1). Estas muchachas llevan una camisa muy ancha que les cubre el pecho y los hombros y un zagalejo corto de lana parda ó colorada; su frescura, su alegría, la limpidez de sus frentes, y de sus ojos las

(1) Bellísimo canto nacional de los pastores suizos, que Rosini ha insertado entre las melodías de su admirable *Guillermo Tell*.—N. del T.

hacen parecerse á las hermosas mugeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

Allí nos abandonan nuestros fieles compañeros de todos los konaks de Turquía; ya no vemos las cigüeñas cuyos anchos nidos, semejantes á cunas de juncos, coronan la cima de todas las mezquitas en la Turquía de Europa y sirven de techo á los minaretes derruidos; todas las tardes, al llegar á las aldeas ó á los kans desiertos, las veíamos rondar de dos en dos al rededor de nuestra tienda; los polluelos, sacando sus largos cuellos fuera del nido como una camada de serpientes, tienden el pico á la madre que, medio suspendida sobre sus anchas alas, les reparte su sustento que trae de los vecinos pantanos; y el padre, cerniéndose inmóvil á una grande altura encima del nido, parece que se recrea en contemplar aquel tierno espectáculo. Estas hermosas aves no son nada hurañas, ántes bien son las centinelas del tejado, como los perros lo son del hogar; viven en paz con las bandadas de tórtolas que en todas partes blanquean las cimas de los kans y de las mezquitas, y no espantan á las golondrinas. Los turcos por su parte viven en paz con toda la creacion animada é inanimada; árboles, pájaros, perros, todo lo que es obra de Dios lo respetan, estendiendo su caridad hasta esas pobres especies abandonadas ó perseguidas entre nosotros. En todas las calles hay de trecho en trecho jarros llenos de agua para los perros del barrio, y muchas ve-

tes los turcos dejan en su testamento piadosas mandas para que se siga echando trigo á las tórtolas que ellos sustentaban en vida.

2 de Septiembre de 1833.

Esta mañana salimos de las eternas selvas de la Servia que descenden hasta la márgen del Danubio. El punto desde donde se empieza á ver eses rey de los rios es un cerro cubierto de soberbios robles; despues de haberle pasado, descubre uno á sus piés como un vasto lago de una agua azul y trasparente, acanalado entre arbolados y espadañas, y salpicado de verdes islas; siguiendo adelante se ve al rio estenderse á derecha é izquierda, lamiendo primero las altas y escarpadas costas de la Servia, y perdiéndose á la derecha en las llanuras de la Hungría. Las últimas pendientes de bosques que se deslizan hácia el rio son uno de los mas hermosos sitios del universo. Hacemos noche á la orilla del Danubio, en un pueblecito servio.

Al dia siguiente, dejamos de nuevo el rio durante cuatro horas de marcha. El pais, como todos los paises fronterizos, va presentándose árido, inculto, desierto; subimos hácia el Mediodia unos collados estériles desde donde descubrimos en fin, á Belgrado á nuestros piés. Belgrado, ciudad tanta

veces demolida por las bombas, está asentada en una ribera alta del Danubio.

Todo el pueblo está lleno de ruinas; y, semejante á todos los pueblos turcos, baja en estrechas y tortuosas calles hácia el rio. Semlin, primera ciudad de la Hungría, brilla al otro lado del Danubio con toda la magnificencia de una ciudad de Europa; los campanarios se alzan en frente de los minaretes. Cuando llegamos á Belgrado, y mientras estábamos descansando en una posada, la primera que hemos hallado en Turquía, el príncipe Milosch me envia algunos de sus principales oficiales para convidarme á ir á pasar algunos dias en la fortaleza donde él reside á pocas leguas de Balgrado.— pesisto á sus instancias, y encargo los barcos para pasar el Danubio.

A las cuatro bajamos hácia el rio; en el momento en que íbamos á embarcarnos veo un grupo de ginetes, vestidos casi á la europea, que acuden galopando hácia la playa;—era el hermano del príncipe Milosch, gefe de los servios, que venia de parte de su hermano á reiterarme sus instancias para que me detuviese con él algunos dias. Siento en extremo no no poder aceptar una hospitalidad ofrecida con tan bondadoso empeño, pero mi compañero de viaje, M. de Capmas está gravemente enfermo hace algunos dias, y apénas puede sostenerse á caballo; es urgente para él hallar el sosiego y los recursos

que ofrecerá una ciudad europea, y el auxilio de los médicos de un lazareto. Hablo sobre media hora con el príncipe, que me parece hombre tan instruido como afable y bondadoso; s. ludo en él y en su noble nacion la cercana esperanza de una civilizacion independiente, y pongo por fin el pié en la barca que nos trasporta á Semlin.

La travesía es de una hora: el rio, ancho y profundo, tiene olas como el mar.

Luego se siguen las paredés y los vergeles que rodean á Semlin.

El 3 por la noche entramos en el lazareto, donde tenemos que pasar diez dias: cada uno de nosotros tiene una celdita y un patio con árboles. Despedido á mis tártaros, á mis camelleros y á mis dragomanes que se vuelven á Constantinopla; todos nos besan la mano con tristeza, y yo no puedo separarme sin ternura y gratitud de aquellos hombres sencillos y honrados, de aquellos fieles y generosos servidores que me han guiado, asistido y cuidado como verdaderos hermanos, y que me han probado, en las innumerables vicisitudes de diez y ocho meses de viages en suelo extranjero, que todas las religiones tienen su divina moral, todas las civilizaciones su virtud, y todos los hombres el sentimiento de lo justo, de lo bueno y de lo bello, grabado con diferentes caracteres en su corazon por la mano de Dios.